

CAMINAMOS HACIA LA PASCUA

Estimados diocesanos:

En nuestro camino hacia la Pascua hemos pasado el cuarto domingo de Cuaresma (segundo de confinamiento) en nuestras casas, y se nos ha anunciado que esta situación se prolongará al menos hasta el día de Pascua. Os animo a que acojamos esta situación con la convicción de que es lo mejor para cuidar por el bien común, aunque nos suponga un sacrificio. Es cierto que muchos pensaremos que tenemos cosas mucho más “importantes” que hacer, pero no olvidemos que lo realmente importante en estos momentos, es que nos preocupemos por la salud de todos.

En estas circunstancias, os quiero hacer caer en la cuenta de que en la oración de la Misa de este cuarto domingo del tiempo de Cuaresma le hemos pedido al Señor que haga “que el pueblo cristiano se apresure, con fe gozosa y entrega diligente, a celebrar las próximas fiestas pascales”. Es una situación aparentemente contradictoria. Humanamente hablando parece que no hay motivos para el optimismo: cada día crece el número de infectados y de fallecidos; entre las autoridades públicas no hay acuerdo sobre las medidas que convendría tomar para frenar esta enfermedad; se teme el colapso del sistema sanitario; los científicos no acaban de encontrar un remedio rápido y eficaz para combatirla... y no tenemos claro cuándo y cómo acabará esto.

Y, sin embargo, hoy le hemos pedido al Señor que disponga nuestros corazones para celebrar la Pascua “con fe gozosa y entrega diligente”. Una persona no creyente podría pensar que esto es una ilusión de unas personas que no quieren ver la realidad tal como es. Para los cristianos, en cambio, la verdadera realidad es la que se vislumbra a la luz de Cristo Resucitado, vencedor del pecado, de todos los males y dolores de nuestro mundo, y de la muerte. Por ello, aunque en nuestro estado de ánimo colectivo no hay motivos para el optimismo, hemos de anunciar a todos que tenemos una razón para la Esperanza y esta no es otra que Cristo Resucitado.



EL OBISPO DE TORTOSA

La Buena Noticia de la Pascua nos lleva a decirnos en nuestro interior: vale la pena vivir. Para los que sufren, para quienes pasan por momentos de oscuridad, para aquellos que no encuentran respuestas al por qué de las cosas que suceden, para quienes sienten que en determinados momentos la oscuridad es más fuerte que la luz... Pascua es una buena noticia: vale la pena vivir. Es un regalo que Dios nos haya llamado a la vida, porque nos quiere llamar a una vida más plena. Pascua es también una Buena Noticia para todos aquellos que quieren pasar por el mundo haciendo el bien. Cuando en su corazón resuena el anuncio de la Resurrección pueden decirse: vale la pena vivir para los demás; aunque a veces los esfuerzos produzcan pocos frutos, vale la pena hacer el bien; aunque a menudo parece que el mal, el egoísmo y la ambición se adueñan de nuestro mundo, vale la pena vivir de otro modo, porque es así como se encuentra la verdadera alegría. Aunque en muchas ocasiones quienes siguen de verdad a Jesús puedan ser tratados de ilusos, vale la pena mantenerse en este camino. Por todo ello, os quiero animar a que preparemos la Pascua con ilusión, con la ilusión que nace de la fe.

El día 25 de marzo, Solemnidad de la Anunciación, celebraremos la Jornada por la Vida. En nuestra cultura se debate sobre su valor en el comienzo y en su final. Los debates ideológicos y políticos pueden deshumanizarnos. Estos días escuchamos noticias que nos hacen sufrir a todos, y que se refieren sobre todo a personas mayores que viven en residencias o enfermos ingresados en hospitales que no pueden recibir en estos momentos la visita consoladora de sus familiares. Os invito a pensar también en los que mueren en la soledad de los hospitales sin la cercanía de los suyos. A todos nos atemoriza la posibilidad, que ha sido comentada en los medios de comunicación social, de que, ante el colapso del sistema sanitario, se discrimine a los enfermos en los tratamientos y se descarte de este modo a los más ancianos o a quienes tienen menos posibilidades de sobrevivir. Todo esto, por muy inevitable que pudiera ser (Dios quiera que no ocurra), nos parece y es inhumano. Tal vez esta dura prueba nos ayude a humanizar más nuestra relación con los enfermos y ancianos y a no olvidar que el compromiso más importante de una sociedad para con ellos es garantizarles que serán cuidados y acompañados en los momentos más difíciles de su vida.



EL OBISPO DE TORTOSA

La situación que estamos viviendo se prolonga. En cierto modo esto obliga a una reorganización de la vida familiar. Muchas de las cosas que habitualmente se hacen fuera del hogar, ahora se tienen que hacer en casa: estudio, clases, deporte, trabajo... También muchas veces la vida de fe se vive más fuera que dentro de casa: en las celebraciones, en la catequesis y en las reuniones que habitualmente tienen lugar en la parroquia o en los colegios. En unas circunstancias como estas, en las que también esto se ha alterado, os invito a que vuestras casas sean también hogares de fe y a que vuestras familias se conviertan en pequeñas comunidades cristianas en las que todos podáis sentir que la fe no os divide sino que os ayuda a estar más unidos. Los padres que tenéis hijos en edad catequética, cuidad de que no se interrumpa su proceso de iniciación cristiana, enseñadles a rezar y, para ello, no olvidéis que el mejor camino es rezar con ellos. Si seguís la celebración de la Eucaristía por los medios de comunicación social o por aquellos que nos posibilitan las nuevas tecnologías, hacedlo en familia y, mientras seguís la celebración, no os dediquéis a otros trabajos domésticos. Es el modo de expresar que la escucha de la Palabra de Dios y el encuentro con el Señor son, en estos momentos, más importantes que nunca. Tengamos presentes con gratitud en nuestra oración a todos los trabajadores de la sanidad que cuidan de los enfermos y luchan por su curación, y también a los voluntarios que hacen posible que las personas que viven solas tengan todo lo necesario para pasar estos días.

Tengamos presentes con agradecimiento en nuestra plegaria a todos los trabajadores de la sanidad que cuidan de los enfermos y luchan por su curación, y también a los voluntarios que hacen posible que las personas que viven solas tengan todo lo necesario para pasar estos días.

A la Santísima Virgen María, que desde la montaña de Montserrat protege al pueblo de Cataluña, y que en las tierras valencianas es invocada como Madre de los Desamparados, le pedimos que aleje de nosotros este mal.

Con mi bendición y afecto.

+ *E. Benavent*

Ob. de Tortosa

+ Enrique Benavent Vidal
Obispo de Tortosa.

Tortosa, 22 de marzo de 2020